

ASPECTOS ÉTICOS RELEVANTES PARA LA INVESTIGACIÓN: RETOS PARA EL ENFOQUE CUALITATIVO

Édgar Chavarría Solano

RESUMEN

Desde la propuesta Foucaultiana de “Regímenes de la Verdad” se examinan algunas de las exigencias éticas que frecuentemente se plantean a la investigación científica.

Dentro de ese marco, se somete a análisis la posición clásica sobre la objetividad, la verdad y la validez, así como las concepciones asumidas por algunas vertientes de la investigación cualitativa al respecto.

Se propone que la superación de las pretensiones de objetividad plena tampoco consiste en la simple asunción de una subjetividad entendida como estática (ahistórica), sino por la reconstrucción crítica de las subjetividades en sus procesos contradictorios (dialécticos) e histórico – socialmente situados.

Finalmente, se plantea la necesidad de decodificar algunas fórmulas clásicas sobre la ética de la investigación y buscar en las prácticas investigativas concretas, sus adhesiones o rechazos a los intereses de los grupos sociales ubicados en los polos de las relaciones de poder.

ABSTRACT

From the Foucault’s proposal of “regime of truth”, we here analyze some of the ethical demands frequently brought about to the scientific research.

Within this frame, we review the classical position about objectivity, truth, and validity notions, as well as the conceptions assumed by some optics of the qualitative research about such issues.

We state that the overcoming of the claims of a thorough objectivity, is not just the simple assumption of a static subjectivity, but it is the critical rebuilding of the subjectivity within its contradictory (dialectic), and historical processes, which are found in a social situation.

Moreover, we argue that is necessary to decode some classical forms about the searching ethic and, in the concrete investigative practices, look for their adhesions or rejections towards the interest of social groups located in the poles of the power relationships.

Introducción: Los regímenes de verdad y... ¿Las Ciencias?

En la corta historia de la humanidad, es constatable no sólo la relación entre el saber y el poder que ya clarificó Foucault, sino también el interés del poder por hegemonizar al saber.

Cada época, cada sociedad, sobre la base de la relación poder – saber, legitima un concepto de verdad, delimita y normaliza los procedimientos para alcanzar la verdad y autoriza a un grupo social determinado para que sancione lo que es verdadero y lo distinga de lo falso.

Tal cuestión ocurre porque las incitaciones procedentes del exterior al sujeto, del medio, son revestidas de “saber”. Precisamente los sujetos aceptan unas y no otras formas de entender el mundo, de valorarlo, según el recubrimiento de saber con que sean investidas.

A estos sistemas así estructurados designó Michel Foucault con el nombre de “Regímenes de la Verdad” (*Foucault, 1980: 131*)

Si el poder no es, como señala el filósofo francés, algo que se disfruta, sino una práctica concreta, una relación, o mejor, una **tensión social**, entonces, la forma como se construye y configura esa tensión, tipifica la red de relaciones sociales y sus jerarquizaciones. De este modo, no parece arriesgado afirmar que los Regímenes de la Verdad incluyen y expresan al conjunto de mediaciones con que los grupos dominantes revisten de saber sus particulares intereses de clase¹.

Augusto Serrano (*1988: 18*) constata, aunque sin citar a Foucault, en su obra **Los Caminos de la Ciencia**, cómo en la sociedad griega fueron los filósofos y la filosofía, los sancionadores de la verdad (el conocimiento). En Roma, en cambio,

lo serían el Derecho y los jurisconsultos. La bandera fue trasladada a la Teología y los clérigos en la sociedad Feudal. Y habría que agregar que, finalmente, en la sociedad moderna y contemporánea, el Régimen de Verdad está coronado por **la ciencia y los científicos**.

Pero posiblemente haya todavía espacio para abrigar alguna duda acerca de la ciencia que corona a nuestro Régimen de Verdad. Pareciera que no es correcto decir que la verdad es sancionada en nuestro medio por **LAS CIENCIAS**, sino, todavía hoy, por una, única y legitimada ciencia.

Sólo como ejemplo, y todavía en carácter de sospecha, tengo que expresar cierto escepticismo y reconocer algún pesimista asombro, en relación con esa obra erigida en nuestro país bajo el nombre de Museo de los Niños.

¿Será sólo casualidad, “azares del destino”, que una obra que se quiere educativa y cuyo nombre pareciera indicar que está dirigida a los niños, se haya construido en lo que fue una cárcel, una de las más aterradoras cárceles del país?²

¿Será sólo casualidad que un edificio masivo, gigantesco, se dedique a los niños y literalmente “los saque de escala”? ¿Esa escala desproporcionada edificio – niño, no se parece a la escala, Leviathan – ciudadano? ¿No es una simbolización que se vuelve “reforzamiento” del Estado todopoderoso frente al ciudadano minúsculo?.

Y si nos situamos en el interior del Museo, habría que leer la relación entre los rótulos y los niños, el tipo de lenguaje, la ubicación de los carteles, pero ante todo y para nuestros fines, **el concepto de ciencia que se supone**.

La visita al estudio de radio (en ese Museo) ¿remite a una ciencia de la comunicación”, o tan sólo a una desdibujada noción

de tecnología que supone también algún contacto con ciertos conceptos de la física como ondas y electromagnetismo?

¿Permite la organización del museo una lectura que relacione a Carmen Lyra con Clorito Picado y Franklin Chan.?

¿Qué significaciones se promueven desde el Museo de los Niños, en los escolares de zonas rurales que lo visitan?

Y, finalmente, ¿es un Museo de los Niños?³. Parece ser que en nuestro país se ha reforzado en los últimos años un concepto de ciencia, y algunas prácticas a su alrededor, que abren las puertas a los intereses de ciertos grupos sociales y favorece los procesos (sin entrar a valorarlos) de inserción marginal de nuestro país en la espiral hegemónica de la globalización. Algunos esfuerzos laudables, bien intencionados que se realizan actualmente parecieran estar en ese rumbo⁴. Ello no significa necesidad alguna de eliminarlos, sino que posiblemente nos haría bien complementarlos, ampliarlos o “integralizarlos”.

Estas preocupaciones pues, sólo son el marco para legitimar la validez de una vieja pregunta: ¿para qué y para quién hacemos ciencias?.

¿“Ciencia para la humanidad”?

Hace ya bastante tiempo que Mario Bunge (1970: 241 – 250)⁵ señaló un asunto cuyas dimensiones parecen crecer, a saber, que la ciencia ha vivido una inversión de su código ético.

Ya con Francis Bacon se supuso que la ciencia tenía como finalidad mejorar las condiciones de existencia del ser humano. Como resultado, podría pensarse que el destino del conocimiento producido científicamente debería ser su divulgación, su entrega a la sociedad.

Pero asistimos en cambio, a un momento en que el conocimiento producido se calla celosamente, se guarda y se “secretiza” mediante los procesos de las patentes⁶ y otros semejantes que garantizan la “recuperación de la inversión” y, por supuesto las utilidades del caso. Esto es, el conocimiento devino “mercancía”.

Más aún, para Bunge la ciencia ha ido más allá y se ha prostituido al ponerse al servicio de las fuerzas de la muerte, cuya principal manifestación es la ciencia militar⁷.

Dentro de este tipo de preocupaciones, es imperioso reflexionar acerca de las implicaciones éticas de la investigación. El conocido, y a veces demasiado influyente, manual de Felipe Pardinas (1993: 20), establece los siguientes criterios para tales consideraciones éticas:

1. Fraude, referido especialmente a los errores deliberados e indeliberados en la medición.
2. Honradez en el trabajo científico. Menciona tres vertientes para esta honradez:
 - respeto por el dato observado
 - no deformar el dato observado con fines apologéticos
 - formular los resultados realmente obtenidos.
3. Amor a la verdad. Este amor tiene las siguientes notas:
 - no es susceptible de ser enseñado
 - es fácil predicarlo, pero difícil practicarlo
 - se manifiesta mediante la búsqueda incansable de lo que es comprobable
 - se asocia con una alta dosis de paciencia y de generosa tolerancia hacia los seres humanos.
4. Servicio a la humanidad: La ciencia, dice Pardinas, debe estar al servicio

de la comunidad humana, no al de un grupo o de una clase social, sino al de toda la comunidad. La ciencia por la ciencia y la investigación por la investigación misma, son valiosas, “porque todo eso a la larga, suele ser beneficioso para los seres humanos”

Lo contrario al fraude, por supuesto es la honradez. Una de las formas de ser honrados, consiste en la búsqueda incesante de la verdad. Pero, anteriormente planteábamos que la verdad, más que absoluta, eterna y universal, parece una construcción histórico social realizada dentro de tensiones de poder que constituyen Regímenes de Verdad.

Ahora bien, es históricamente probable que los **regímenes de la verdad** terminan por ser **la verdad de los regímenes**. Nada que se oponga a ella es “comprobable”, ni es “conocimiento verdadero”, ni es “ciencia”, ni interesa que lo sea.

Frente a la verdad de los regímenes, instituida en los regímenes de la verdad, se suelen desarrollar sin embargo, procesos de construcción de verdades que son periféricas al sistema.

Generalmente estos procesos y verdades resultan “clandestinos”, no porque haya una motivación explícita en ello, sino porque la verdad oficial cubre de opacidad a los nuevos conocimientos.

Así, por ejemplo, frente a “La Verdad” de los maestros de la ley del judaísmo, desde la periferia, el cristianismo construyó una nueva. Ésta luego se impuso, se volvió centro y desde su periferia se comenzó a escribir los primeros trazos de la nueva ciencia. Galileo hubo de experimentar las consecuencias de esa construcción desde la periferia, desde la exterioridad del sistema.

El centro del sistema suele erigirse en el Yo absoluto. Es modelo de todo ser y

de todo hacer. En la exterioridad, en la periferia está el “Otro” que, en cuanto no es el yo, simplemente no es.

El **dia – logos** de Sócrates, se volvió **mono – logos** con el advenimiento del cristianismo medieval. El monólogo se hizo dogma, doctrina fija, Yo único, frente al cual quedaba el “Otro – Otra” sin aceptación, sin legitimidad.

El Yo europeo – occidental - cristiano se hizo a la mar, y llegó a las **otras Indias**. No a las Indias, sino a las **otras**. Situado frente al **otro (a)**⁸ que vivía en las **Otras Indias**, el Yo Europeo se preguntó si esos otros eran seres humanos. La primera respuesta fue negativa. El otro era un “otro-absoluto”, un “totalmente distinto del yo”. El otro quedaba así, negado por exclusión.

Algún tiempo después, el Yo europeo pensó que los otros podían ser seres humanos, si se hacían iguales al Yo supremo, esto es, si se bautizaban. El otro devenía parte del Yo, se indiferenciaba y, de este modo quedaba ahora negado por su inclusión en el Yo absolutizador.

Confiado absolutamente en la razón⁹, el Yo europeo se enorgulleció de ese poder y la volvió centro de su propio ser. “Yo pienso, luego yo existo”. Y en 1968, todavía temeroso, el ser humano de América Latina, en la voz de Augusto Salazar Bondy (1968) se preguntaba, “¿Existe una filosofía de América Latina?”, lo que viene a ser algo así como: ¿Nosotros pensamos?.

Entre la segunda y la cuarta década de nuestro siglo, Europa vio rodar bajo el estrépito de la guerra los símbolos de su orgullosa razón. La confianza en el “*cogito*” cartesiano sufrió un doloroso estremecimiento y entonces el otro (a) fue aún más exterioridad, fue aún más negación: El otro es el infierno; la mirada del otro cosifica mi yo. El fin de la Guerra, amplió aún más la negación del otro por

parte del Yo occidental al instrumentar la repartición del mundo y la apertura de la Guerra Fría.¹⁰

En América Latina, la exclusión del otro (a) se multiplicó en una red de relaciones que situó frente a frente distintas formas de la oposición Yo – Otro (Otra)

YO	Otro(a)
Occidente–USA	América
Hombre	Mujer
Padre	Hijo (a)
Maestro (a)	Estudiante
Rico (a) (Dueños de los Medios de producción)	Pobre (proletario)
Blanco	Negro, indígena
Ciudad	Campo.

Como puede notarse la oposición Yo – Otro no es dicotómica, ni maniquea. Se trata, por el contrario, de diversos niveles de oposición que se entrecruzan y relacionan con una carácter más bien dialéctico. Así, por ejemplo, la oposición ciudad – campo abriga en cada uno de sus polos, diversas manifestaciones de la oposición general. Dentro de la ciudad se dan las tensiones rico – pobre, padre – hijo, hombre – mujer. También estas tensiones se dan en el campo, posiblemente con notas características diferentes a las de la ciudad. Así ocurre con las otras diadas.

Ahora bien, si examinamos la labor de investigación tradicional en nuestro medio, podemos extender la oposición Yo – Otro(a) y encontrar en el primer término al investigador que reproduce la negación del otro (sujeto de su investigación) al ubicarlo en cuanto mero objeto, en cuanto simple “sujeto de investigación”.

Así, la pretendida objetividad pura es pura asepsia, no contaminación. Las fórmulas archisabidas como “la ciencia al

servicio del hombre”, privilegian a un grupo social que en el discurso, es “toda la humanidad”, pero que, en esa misma práctica, segrega y condena a vivir bajo los límites de la dignidad a la mayor parte de nuestra población.

La honradez entendida como respeto a lo observado en la propuesta de Pardinias, olvida que en el hecho mismo de escoger un campo de observación alteramos la realidad y que la ingenuidad de creernos externos al campo de observación, puede llevarnos a cometer la peor de las faltas en contra de esa pretendida honradez.¹¹ Por supuesto que es inmoral la alteración de los “datos”. Pero también el investigador debe estar precavido de que los “datos” son más tomados que dados¹² y que, por ende, también es inmoral la consideración de su propio y privilegiado “punto de vista” (Yo – investigador) aséptico, como el único y verdadero referente de las parcelas de realidad estudiadas. En uno y otro aspecto de la investigación, la posible y desapercibida presión de los regímenes de la verdad, puede ser fuente de un “fraude”, querido o no, pero fraude al fin.

Por estas mismas razones, privilegiar el error en la medición como fuente del fraude, es también erróneo. Refleja posiblemente un resabio positivista clásico e ignora la posibilidad de realizar “mediciones exactas” sobre bases erróneas, falsas o fraudulentas.

Bajo la fórmula “ciencia al servicio de toda la comunidad humana y no de un grupo o clase social determinada”, se olvida que hasta ahora “la humanidad” ha sido precisamente, un grupo social que se considera a sí misma, el Yo total. La “humanidad” en la fórmula occidental ha sido falsa homogenización de lo heterogéneo, falsa igualación de lo diverso,

por una parte, y falsa heterogenización de lo homogéneo, por otra.¹³ Desde allí se puede proclamar falsamente la neutralidad ética de la ciencia. Pero siguiendo a Jorge Debravo (1977: 9 - 11), (aunque parezca raro que se mencione a un poeta al hablar de ciencia) podemos decir que la neutralidad es el único pecado capital de nuestra época.

La investigación no está más allá del bien y del mal. Por el contrario, está profundamente comprometida con la axiología en todo sus ámbitos. Si se ha homogenizado y promovido los intereses que retrasan la construcción de una sociedad solidaria, corresponde hoy, en contrapartida, investigar para liberar las potencialidades sociales que tienden hacia la construcción de la solidaridad.

Esa tarea implica hacer ciencia desde la periferia del sistema totalizador; desde la otra(o) negados, pero sobre todo **con la otra (o) negados**. La diversidad como riqueza de lo humano; la identidad como dinámica siempre en construcción y no como producto estático; el otro como fuente de libertad y no como límite. He ahí algunas pequeñas pistas que atraviesan el replanteamiento ético de la investigación.

Quien todo eso haga, tiene que someter a crítica, todo el aparejo de la investigación. Pero ante todo, tiene que someter a crítica su propio papel como investigador, negarse como tal, salirse del centro totalizador y reconstruirse desde una nueva práctica investigativa que no lo dicotomice frente a los sujetos y las realidades de su investigación.

Ésta, que debería ser tarea de toda la ciencia, es hoy, particularmente, reto fundamental de la investigación de enfoque cualitativo.

Asuntos epistemológicos con consecuencias éticas

Se ha insistido en la necesidad de superar algunas prácticas interpretativistas que, tradicionalmente, privilegiaron el papel del investigador, en la medida en que éste fue quien se encargó, en exclusiva, de la interpretación de los “datos crudos”.

Esta insistencia tiene raíces en consideraciones epistemológicas que subrayan la imposibilidad de una objetividad plena. En los casos extremos, nos habla de comunidades o informantes que no se reconocen en la interpretación del investigador.

Objetividad plena – subjetividad asumida

En aras de superar las pretensiones de objetividad pura, se ha planteado la necesidad de que el investigador, supere sus prejuicios, sus preconcepciones, se presente al campo desembarazado de teoría, se “mimetice” y procure ser uno más (o no introducir ningún ruido – como la mosca en la pared –) entre los miembros de la unidad social estudiada.

En muchos casos, por esta vía no se ha hecho otra cosa que reproducir, en nuevos odres, la vieja pretensión de objetividad plena.

Creemos que, por el contrario, no debe el investigador pasar por alto su condición de “agente externo” a los grupos sociales que se involucran en los procesos de investigación¹⁴.

Desde reconocerse como portador cultural y, por ende, ponerse al frente de sus propias claves culturales, hasta aceptar que el papel de investigador lo sitúa de diversa manera en relación con los

grupos sociales de sus estudios, forma parte de esta obligación que es epistemológica, pero que tiene profundas consecuencias éticas.

Quizás la dificultad de asumir plenamente la imposibilidad de la “objetividad pura” obedezca a cierto resabio que dificulta la aceptación de la “subjetividad intrínseca”. Este resabio puede relacionarse tanto con las limitaciones conocidas del subjetivismo epistemológico clásico, como con la concepción cotidiana de subjetivismo.

Lo cierto es que en la pretensión de pasar desapercibidos, ya porque figuremos no estar presentes, o porque pretendamos ser previamente “asimilados”, se podría enmascarar la yetatura positivista de la objetividad absoluta.

Por el contrario, la aceptación de la subjetividad intrínseca, no implica caer en solipsismos ni en laxitudes hoy inaceptables. Se trata, en cambio, de reconocer que la objetividad y la subjetividad son caras de una misma moneda. Por ende, lo que resulta imprescindible es la crítica de la propia subjetividad, asunto que requiere, sin duda, su previa aceptación.

La crítica de la subjetividad demanda la descentración del investigador. Pero ella no es simplemente un esfuerzo por ubicarse fuera de sus propias claves culturales. Se trata, más bien, de un reconocimiento exhaustivo (tanto como pueda ser posible) de esas claves y de sus interrelaciones con los escenarios, los otros actores de la investigación y las investigaciones.

En este sentido, la autobiografía crítica del investigador debe estar presente y en constante reconstrucción como parte del descentramiento. Lejos de ser un simple recorrido por la propia vida, la autobiografía debe permitirnos encontrar explicaciones a nuestras adhesiones ideológicas, teóricas, culturales y, sobre

todo, a nuestras prácticas concretas. En este marco, la autobiografía no es un documento, un capítulo que se antepone al informe de investigación, sino la crítica asumida y en permanente revisión del investigador en cuanto investigador. Este esfuerzo pues, consiste en **objetivar** la historia, proceso y estructura de nuestra **subjetividad**. Por ello mismo, tal crítica y comprensión, deberían permitir que el descentramiento se constituya en una **subjetivación asumida** (autoconciente, criticada) de la **objetividad**. Sin embargo, la reconstrucción crítica de la subjetividad, debe asumirse en su dinamicidad, en su desarrollo contradictorio. Esta exigencia, como veremos, adquiere especial importancia en el proceso de asunción de la **subjetividad del otro** en la investigación.

La voz del otro

La otra parte de la crítica que venimos tratando, se refiere a que la nucleación del proceso de interpretación en el investigador, sigue dejando en el anonimato al informante, sea éste un único sujeto o una colectividad.

Las tendencias en este sentido apuntan a “no borrar” al informante, sino por el contrario abrir los espacios necesarios a su propia voz.

Algunos de los temores expresados con frecuencia, tienden a poner en duda la validez, la verdad, de los relatos de los informantes. Estas preocupaciones, por supuesto, pueden tener, igual que en el caso de la objetividad plena, raigambre de viejo cuño en la investigación tradicional.

Sin embargo, hay una arista de la cuestión que es importante asumir:

¿Se trata simplemente de que el informante cuente su historia? ¿No hay

que contrastar su historia con los “hechos reales”?

No vamos a asumir aquí la dilucidación de lo que se quiere decir, en las expresiones clásicas, con las categorías de “hechos” y “realidad”. Esta es una discusión sobre la que hay suficiente literatura.

Interesa, por el contrario, señalar que la preocupación por dejar que “el otro” hable, puede estar teñido de muy diversas motivaciones. Para algunos, puede interpretarse como un logro al descentrarse, de tal manera que el discurso del otro queda “inmaculado”, intocado por la subjetividad del investigador. Para otros, será un discurso todavía no “trabajado”, no “problematizado”.

Podría también pensarse que una mera transcripción de la voz del otro, es una modalidad de investigación simple y llanamente descriptiva. Pero las posibilidades de pasar a acciones transformadoras tendría que contar, dentro de esa concepción, con la criba del investigador.

Es posible que la consideración de estas dificultades esté sobre la base de un asunto insuficientemente asumido, a saber, la subjetividad de los informantes. Efectivamente, el tema de la subjetividad se asume, por lo general, en oposición al de la objetividad. Ello hace que, en consecuencia, se remita al problema de la objetividad – subjetividad **del investigador** y se busque alternativas para “ponerla bajo control”, según las posiciones más clásicas; “asumirla”, según posiciones más recientes; o reconstruirla críticamente en su constante configuración y reconfiguración, según nuestra propuesta.

En contraposición, la subjetividad del informante, parece despertar, predominantemente, la inquietud por la verdad o validez. Nuestra posición, en contraste,

implica atender de igual manera la subjetividad del otro(a) en la investigación. Se trata del mismo asunto pero configurado según los papeles de cada cual como actores del proceso investigativo. En esto, sin embargo, le va una responsabilidad fundamental al investigador, pues a él compete facilitar y promover con suavidad y respeto la afloración de la subjetividad (en toda su complejidad) de sus informantes.

Igual que en el caso del investigador, tal subjetividad no es el mágico problema de verdad – falsedad o de validez – invalidez. Se trata de develar y decodificar las adhesiones, las valoraciones, las impregnaciones que los regímenes de verdad posibilitan en las representaciones que nos hacemos del mundo y de nosotros mismos.

Así pues, en las obligaciones morales del investigador en este respecto, hay tres tareas fundamentales. La primera de ellas ya la hemos señalado. Se refiere a ser facilitador de la emergencia de la subjetividad compleja.

En segundo término, el investigador está obligado a superar la visión tradicional que suponía a la subjetividad como una “adherencia indeseable” al “dato”. Por el contrario, en cuanto intrínseca, ella es constitutiva de nuestras representaciones y reflejan en la conciencia las tensiones prefiguradas en las relaciones de poder y dominación. La subjetividad pues, es heurística si se asume en su complejidad y, como tal, debería abrir las puertas a las acciones transformadoras. Digamos que, en este sentido, al aceptar de Vittorio Guidano (1994) la idea de que el observador se observa a sí mismo en el “dato” observado, debemos aceptar, además que, al hacerlo, queda situado también frente a las relaciones de poder, las tensiones, que configuran y reconfiguran su subjetividad y la de sus informantes.

En tercer término, corresponde a la moral del investigador, y como parte de su papel de facilitador – promotor, propiciar en sí mismo y en los informantes, la crítica y reconstrucción de la subjetividad en su dinamismo, su fluir contradictorio. La tendencia ha sido, por el contrario, pensarla como una adherencia estática, inmutable, inamovible.

En este sentido, pueden establecerse parangones con la forma de entender en algunos círculos, las identidades culturales. Con el ánimo de ejemplificar, tomemos la siguiente situación. En la Universidad de Costa Rica, en el marco del estudio de la Identidad Latinoamericana, se pintó un mural en la Facultad de Letras. En una conversación informal, una autoridad de esa Facultad indicó que el proyecto era mayor, pues abarcaba otra pared que, finalmente no se pintó por problemas presupuestarios. Ello generaba un problema estético pues, de hecho la obra estaba inconclusa. Al buscar soluciones, alguien propuso que, puesto que la pared desnuda estaba frente a la pintada, ¿qué mejor, pensando en la Identidad, que colocar en la primera un espejo para reflejar “idénticamente” a la segunda?

Por supuesto que esta solución – visión de la identidad en la narración de la informante, parte de una concepción aristotélica: “a” es igual “a”; no puede ser que “a” sea “a” y no sea “a”; o “a” es “a” o no es “a”¹⁵. En algunos discursos, efectivamente, la identidad se entiende como estática. Se pierde de vista la dinamicidad, el constante cambio, la dialéctica de las configuraciones y reconfiguraciones que ella entraña.

Pues bien, en sentido semejante, la subjetividad de los informantes suele asumirse como estática, como una espe-

cie de decantación permanente e inmutable. En consecuencia, el proceso investigativo se vuelve rígido, no se profundiza, se descuida la multisiesionalidad, se pierde perspectiva sobre la prolongación óptima de la permanencia en el campo y, como corolario, no se promueve la emergencia de la dinámica de la subjetividad en su ser contradictorio y cambiante. En la medida en que ello ocurra, se refuerza el desconocimiento de sí mismo en los actores individuales y sociales de los procesos investigativos y, como resultado, se prolongan las dificultades en la organización y la acción transformadora.

Es posible que, en algunos casos de informantes que no se sienten reflejados en el discurso del investigador, la dificultad no se encuentre en que éste haya transfigurado o desfigurado el “dato”, sino en que no haya promovido las oportunidades y acciones necesarias para objetivar la transitoriedad, la contradicción, la dinámica de la subjetividad en su ser producto y reflejo de relaciones de poder en marcos históricos y culturales determinados.

Así pues, la cuestión del carácter y extensión de “la voz del otro”, pasa no sólo por el ya clásico consejo de valorar los intereses de la investigación, las características de los escenarios, la disposición de los informantes y la asunción de las emergencias (Johannsen, 1992: 73) para provocar el diálogo o encuentro de subjetividades. Siendo todo ello de vital importancia, resulta primordial asumir un postulado epistemológico con consecuencias éticas: las subjetividades que se encuentran, dialogan y negocian no son cerradas, estáticas y acabadas, sino abiertas, dinámicas y en construcción.

Conclusiones

Las diádas “objetividad – subjetividad”, “validez–invalidéz”, “verdad– error” en la investigación, han sido planteadas generalmente desde las consideraciones epistemológicas. Ello es, por supuesto, correcto, pero en el caso de la investigación de enfoque cualitativo, es necesario que estos asuntos se asuman también en su vertiente ética, en virtud del interés expreso de este enfoque por develar las “invisibilidades”, incorporar la voz del otro e investigar desde los intereses periféricos a los núcleos de poder y dominación social.

Sin embargo, el mito de la objetividad plena no se supera por la simple asunción de la subjetividad del investigador, sino por la reconstrucción crítica y dialéctica de esa subjetividad fluyente, contradictoria, y la de los “informantes”, reconstruida con ellos y por ellos. En este proceso, investigador y colaboradores podrán develar la presencia en sus subjetividades de las relaciones de poder y buscar las manifestaciones concretas de esa permeación, en sus propias prácticas cotidianas.

Por otra parte, es urgente decodificar desde el enfoque cualitativo, algunas fórmulas clásicas como “ciencia al servicio de toda la humanidad”, pues con frecuencia, desde la humanidad total se ha negado la humanidad del “otro - a”, aunque ese “otro” implique a grandes contingentes humanos.

El planteamiento de que la ciencia no puede estar al servicio exclusivo de grupos determinados puede ser correcto en su generalidad, pero tal corrección sólo se verificará en las prácticas científicas concretas, ya que bajo ese *“dictum”* será necesario descubrir a cuál polo de las relaciones de poder beneficia la investigación y de qué modo se expresan esos beneficios.

Notas

- 1 En este sentido, más que seguir a Foucault, derivó de él.
- 2 Me interesa aquí el aspecto “sónico” desde una lectura Foucaultiana, no sin reconocer que la desaparición de las cárceles y las prácticas carcelarias tenebrosas, son avances civilizatorios. Sin embargo, la transformación de esta cárcel en institución educativa, debería leerse desde la historia costarricense, conjuntamente con la transformación del Cuartel Bellavista en Museo Nacional. Cada una de estas metamorfosis se identifica con cada una de las familias políticas que lideraron el enfrentamiento armado de 1948. Ambas obras pueden ser leídas como “post bélicas” y en cuanto presencias materiales que permiten reconstruir en el imaginario democrático costarricense, la voluntad pacifista, tanto de las familias caudillas de aquel momento, como de la “tiquidad” en general.
- 3 ¿No debería ser “de”, “para” y , sobre todo, “con” los niños?
- 4 Sería importante analizar, al respecto, asuntos como la Feria Científica, la Olimpiada de Matemáticas, y los premios científicos.
- 5 Mario Bunge se refiere a ello en varias de sus obras. Sin embargo, interesa aquí su temprano llamado de atención, planteado en su trabajo “La ciencia, ¿es éticamente neutral?, en Folia Humanística (VIII) 87:241 – 250, marzo, 1970.
- 6 El Dr. Luis Camacho también se refiere a este aspecto en su artículo “Transferencia de Tecnología y Desarrollo: Análisis de un espejismo” (mimeo, s.f.)
- 7 En este sentido, creemos que de la norma ética pueden derivarse criterios epistemológicos que permitan distinguir entre ciencia y anticiencia (o contra-ciencia). No basta pues, el cumplimiento de los “rigores del método” para que el conocimiento producido resulte ser ciencia. Esto es, la razón científica resulta ser de mayor amplitud que la razón del método.
- 8 Sobre el concepto de “otro(a)” véase especialmente la obra filosófica de Enrique Dussell.
- 9 Véase al respecto, de Luis Villoro, su obra El poder y el valor, México, F.C.E, 1994.
- 10 Las oposiciones Yo – otro(a) se instituyeron entonces desde nuestra misma América. Los herederos del borde hegemónico de la cultura occidental, establecieron los principios y criterios para la exclusión – negación del otro(a) en el Documento de Santa Fe (Doctrina de Seguridad Nacional). La parte operativa de la negación quedó a cargo, generalmente, de los ejércitos y policías latinoamericanos.
- 11 La práctica no deliberada de los Comités Científicos en el sentido de favorecer sólo la aprobación de determinadas investigaciones, en ciertos

- campos, o desde paradigmas específicos, es una forma de defraudar la realidad.
- 12 Es importante en este respecto el concepto de autorreferencialidad de la observación, aportado por Vittorio Guidano. (Balbi, 1994).
- 13 En estricto sentido, la globalización es un asunto sumamente viejo. En cuanto que ésta se ve atravesada por la dinámica de la mercancía, parece un producto típicamente capitalista. Sin embargo, sus taras éticas e ideológicas, son de raigambre anterior.
- 14 Aunque se trate de un “investigador nativo”, el rol de investigador le investirá, necesariamente, de cierta externalidad.
- 15 Por supuesto, tal “solución” supuso erróneamente que la imagen del espejo era idéntica al objeto reflejado.

Bibliografía

- Balbi, J. 1994. Terapia cognitiva posracionalista. Conversaciones con Vittorio Guidano. Buenos Aires, Biblos. 144 P. ISBN 950-786-062-2
- Bunge, M. 1970. La ciencia, ¿es éticamente neutral?. En: Folia Humanística. (VIII) 87:241 – 250.
- Camacho, L. S.f. Transferencia de tecnología y desarrollo: Análisis de un espejismo.
- Debravo, J. 1988. Mi posición. En: Los despiertos. San José, Edit. Costa Rica. 55 p. ISBN 9977-23-302-0.
- Foucault, M. 1997. Microfísica del poder. Madrid, La Piqueta. ISBN 84-7731-102 -1
- Johannsen, A. 1992. Applied Anthropology and Post – Modernist Ethnography. En: Human Organization, Vol 51, No. 1: 71 – 81
- Pardinas, F. 1993. Metodología y técnicas de investigación en Ciencias Sociales. México, Siglo XXI. 188p.
- Salazar Bondy, A. 1968 ¿Existe una filosofía de Nuestra América?. México, Siglo XXI. 133 p.
- Serrano, A. 1988. Los caminos de la ciencia: una introducción a la Epistemología. San José, DEI. 192 p. ISBN 9977-904-75-8.
- Villoro, L. 1997. El poder y el valor. México, Fondo de Cultura Económica. 400 p. ISBN 968-16-5397-1.